

discípula. La mente inicia su lucha hacia la estructura y la individualidad moldeándose sobre el cerebro. La evolución ha actuado, posiblemente, durante ochocientos millones de años hacia el desarrollo del cerebro... Y ahora parece que, aparte de las actividades de su propio sostenimiento y desarrollo, el cerebro sirve como una máquina para enseñar a pensar al alma embrionaria...

Hemos de admitir que se trata de una concepción audaz y brillante. Empieza por reconciliar a dos oponentes formidables, pertenecientes a dos escuelas de pensamiento opuestas: la religiosa y la científico-evolutiva. A primera vista, ofrece una salida maravillosa. Una vez más, sin embargo, considero que la posición de Dunne está minada, y, por tanto, debilitada, por su obstinado pensar regresivo. (Presento excusas aquí por la ausencia de citas en lo que sigue, pero no dispongo de espacio para ellas. Solo me cabe abrigar la esperanza de no estar cometiendo una injusticia con un hombre que no puede replicar.)

Toda la confusión y toda la dificultad provienen de que Dunne se echó sobre los hombros la carga de una regresión infinita de Observadores, presumiblemente pertenecientes a «órdenes» cada vez más elevados. Porque a veces escribe como si, en alguna parte del inimaginable fin de la serie, hubiese un omnisciente y omnipotente Observador Último, otro nombre para Dios. En otras ocasiones, como en las últimas citas de él, Dunne se refiere a un proceso autoeducativo, con Tiempos sucesivos como grados superiores en una escuela, para la mente o el alma individuales. Es posible creer—ahora pisamos terreno familiar—que Dios nos está educando a nosotros. También es posible, aunque resulte más difícil, creer que estamos educando a Dios. Pero considero imposible comprender lo que está sucediendo más allá, a lo largo de esta interminable perspectiva de Tiempos y Observadores. Pero no creo que exista. La regresión es rotundamente errónea.

Ahora llegamos a la parte más peliaguda. Permítaseme plantear la cuestión de manera sucinta y cruda. El futuro puede verse, y, debido a que puede verse, puede cambiarse. Pero, si puede verse y, no obstante, cambiarse, no está ni sólidamente ahí, expuesto a nuestra experiencia momento tras momento, ni tampoco es algo no existente, algo que estamos contribuyendo a crear, momento tras momento. Si no existe, no puede verse; si está sólidamente establecido y fijado, no puede cambiarse. ¿Qué

es este futuro que está suficientemente establecido para ser observado y quizá experimentado, y, sin embargo, puede permitirse a sí mismo ser alterado?

⊗ Me propongo tomar un ejemplo práctico de «interferencia», para explicarlo lo mejor posible en los términos de Dunne. Tomemos el caso de la madre americana que soñó que iba a cierta caleta, dejaba solo a su hijito para ir en busca de un trozo de jabón, y, cuando regresaba, hallaba muerto al niño (pág. 225). Al verse en aquella misma situación en la vida real, se acordó del sueño y cambió repentinamente de idea respecto a dejar al niño solo. La llamaré señora X. Y como Observador 1 en el Tiempo 1, será simplemente la señora X<sub>1</sub>, en tanto que, como Observador 2 en el Tiempo 2, será la señora X<sub>2</sub>.

Mientras la señora X<sub>1</sub> está dormida, la señora X<sub>2</sub> ve lo que la espera en el Tiempo 1: ida a la caleta, búsqueda del jabón, muerte del niño. Esta experiencia se convierte para la señora X<sub>1</sub>, al despertarse, en un sueño recordado. Pero la señora X<sub>1</sub> tiene otras muchas cosas a que atender, mientras su preciso *Ahora* viaja a lo largo de la cuarta dimensión. Por último, no recordando ya el sueño, la señora X<sub>1</sub> (que, naturalmente, también es la señora X<sub>2</sub>, mentalmente, pero no físicamente) llega a la caleta, deja al niño en el suelo y se dispone a lavar su ropa. Cuando está a punto de dejar solo al niño, podríamos decir que la señora X<sub>2</sub> interviene, y entonces la señora X<sub>1</sub> recoge al niño. Y, en ese momento, lo que la señora X<sub>2</sub> vio como el futuro del Tiempo 1 para la señora X<sub>1</sub> queda cambiado. Mediante la intervención del Tiempo 2 y la acción en el Tiempo 1, en el punto *Ahora* en que tal acción es posible, lo que sucederá en el Tiempo 1 es completamente diferente, un niño que iba a morir se salva y puede hacerse hombre.

(Aunque nos alejemos de nuestro tema inmediato y volvamos a otro ya tratado anteriormente, señalaré aquí que el sueño de la señora X no puede ser aceptado de manera razonable simplemente como una advertencia, dejando fuera al factor Tiempo. La señora X no estaba diciéndose en el sueño que si iba a una de aquellas caletas mencionadas por sus amistades, si decidía lavar unas prendas y alejarse en busca de un trozo de jabón, y si atolondradamente juzgaba seguro dejar solo al niño, entonces el niño podría meterse en el agua y ahogarse.

Esos sí y una vaga ansiedad no podían crear los numerosos y vívidos detalles que la señora X reconoció más tarde en la caleta. De modo que la señora X se estaba engañando a sí misma y añadiendo algunas mentiras, o estaba genuinamente implicada en una experiencia del Tiempo precognoscitiva. Por mi parte, no veo la razón de que acusásemos a esta señora y a centenares de otras señoras, con el fin de dejar tranquila a la idea convencional del Tiempo.)

Esta intervención del Tiempo 2, conducente a una acción en el Tiempo 1, cambiando el futuro del Tiempo 1, me parece que nos ofrece una oportunidad para terminar con la vieja disputa entre el libre albedrío y el determinismo. Sus puntos de vista opuestos no pueden reconciliarse, si asumimos que nuestra existencia está a un solo nivel. Puede decirse que nuestra vida está determinada a todo lo largo del Tiempo 1, sin ninguna intervención del Tiempo 2. Pero si nuestro Observador 1 en ese tiempo no ignora la intervención del Observador 2 desde el Tiempo 2, puede decirse que disfrutamos de cierta medida de libre albedrío, aceptando una elección ofrecida.

También podemos explicar—en estos términos de Dunne—el desconcertante efecto del futuro que influye en el presente (FIP), que hizo su aparición en la sección 2 del capítulo «Las cartas». Así, pues, volvamos al doctor A y la señora B (pág. 201). El doctor A se enamoró de la señora B y se casó con ella. Tales acontecimientos han debido de ser responsables de algunos excitados «estados cerebrales» a lo largo de su Tiempo 1. Su Observador 2, deambulando a su manera cuatridimensional, ha debido de captar y recoger esa excitación. Esto pudo haber resultado en un sueño precognoscitivo, pero la ausencia del mismo no significa una falta total de comunicación del Tiempo 2 al Tiempo 1. Como sabemos, la simple vista del nombre de la desconocida señora B, incluso en comunicaciones oficiales, no en cartas personales, hacía experimentar al doctor A una excitación extraordinaria: era un regalo de sí mismo en el Tiempo 2 para sí mismo en el Tiempo 1.

Hasta ahora no hemos llegado a la parte realmente peliaguda. El gran enigma asoma ahora. En el capítulo XXV de *Experiment with Time*, Dunne empieza planteando la cuestión:

Puesto que el observador 2 ve lo que le espera (en el Tiempo 1) al observador 1, debe de haber allí algo

para que lo vea. Y lo que tan positivamente está allí debe de estar «predeterminado» desde el punto de vista del observador 1, empleando el Tiempo 1. Así se suscita la siguiente cuestión: ¿Qué es ese «algo» y cómo puede alterarlo el observador 1 mediante intervención en su Tiempo 1 «ahora»?

Después, a lo largo del resto de este breve capítulo, Dunne hace algunas afirmaciones impresionantes respecto a que cualquier mundo descrito por la observación está en relación con el observador que lo describe, respecto a que siempre estamos fuera de cualquier mundo del cual podamos trazar un cuadro mental coherente, y respecto al mundo físico que describimos exhibiéndose como determinista en el Tiempo 1, pero con «un punto de contacto» con nuestro Observador 1 en el Tiempo 1 que pasa «ahora». Pero no nos proporciona una respuesta a esta pregunta de importancia capital: «¿Qué es ese «algo»?»

Volvamos a la señora X y a su niño. Y llamémosla otra vez señora X<sub>1</sub> en el Tiempo 1, señora X<sub>2</sub> en el Tiempo 2. El sueño en que ve muerto a su hijo, según nos diría Dunne, procede de la atención de la señora X<sub>2</sub> a uno de los estados cerebrales «futuros» de la señora X<sub>1</sub>. En el Tiempo 1, la señora X<sub>1</sub> verá muerto a su hijo; en el Tiempo 2, ya lo está viendo, de ahí el sueño; después se produce la intervención que ya ha sido descrita.

Pero ¿qué es ese niño muerto? De acuerdo con la teoría de Dunne, ha de ser más que una imagen, porque la señora X<sub>1</sub>, en tanto que distinta de la señora X<sub>2</sub> o la señora X<sub>3</sub>, no puede imaginarse un niño. La señora X<sub>1</sub>, según Dunne, proporciona el intenso foco tridimensional viajando con su *Ahora* a todo lo largo del Tiempo 1, junto con cualquier raciocinación que pueda ser necesaria. Se halla en el negocio de registros, trabajando para la señora X<sub>2</sub>, no en el departamento de imaginación.

Por tanto, si había un niño muerto en esos futuros estados cerebrales suyos del Tiempo 1, había un niño muerto *real*, quizá 20 libras de él, observable por ese foco tridimensional. Y, si lo había, ¿qué fue de él cuando la señora X<sub>1</sub>, incitada por la señora X<sub>2</sub>, realizó un acto que cambió su futuro? ¿En qué mundo murió el niño? Yo, por lo menos, no puedo eludir esta pregunta y creo que Dunne no le da respuesta. Sin embargo, desgraciadamente, sigue siendo la cuestión *clave*.